

con la mujer cantada y es el símbolo germinal e irradiador del pequeño poemario. *Luz* que se llama aspiración de *claridad*, invasión de su *gracia*, *hondura* y *limpieza*, *serenidad*. Porque esta luz nunca es cegadora o avasalladora, sino confortadora y, sobre todo, amparadora. Recordemos que *la luz* abría («Como se fue el maestro,/ la luz de esta mañana/ me dijo: [...]») y centraba el poema de Antonio Machado «A don Francisco Giner de los Ríos», escrito tres días después de la muerte del gran maestro, del «hermano de la luz del alba», que había partido «por una senda clara»:

Y es sereno el dolor
porque es también serena
la luz que nos dejaste,
porque tú estás aquí
tan conmigo, tan mía,
tan Gloria como siempre.

Escribe el Francisco Giner de los Ríos poeta de nuestros días, quien termina este poema 3 de *Desayuno en Riverside* de nuevo en la ancha y honda huella machadiana:

Y tu recuerdo vive
y hace la noche viva.
Y estás, estás aquí,
y tu piedra en Madrid
nunca podrá quitarnos
la compañía tuya
que nos debes y entregas
para seguir camino
de tu mano amparados,
ya tan solos.

En el poema CXXI de sus *Poesías completas* el amante de Leonor pide a la amada muerta-viva: «[...] dame/ tu mano y paseemos»; en el siguiente, CXXII, el contacto, la fusión-efusión, ya se ha establecido, aunque sea en el sueño: «Sentí tu mano en la mía,/ tu mano de compañera».

Y, sin patetismo, acorde con el tono sereno y melancólico del breve poemario, la realidad del destierro lo atraviesa y empapa con una brisa húmeda de nostalgias y sueños: «el día del regreso» del poema 4; el Madrid «tan lejos» y «nuestro», «más nuestro que nunca», del poema 5. Y todo —lejanías, ausencias, exilios de la tierra, del mundo tantas veces encendido por la luz de una mujer llamada Gloria—, todo reunido y fundido en el poema «El desayuno», cuando en la soledad de un «absurdo hotel» el vacío se llena de la alegría de «mis visi-

tas a España en Riverside»; y del mismo modo que la patria estaba viva en aquel hogar desterrado, la evocada y el evocador son ya un mismo ser, porque el recuerdo de los que amamos y nos amaron es también el nuestro. Ser más plenamente quienes somos:

Y me habita el recuerdo de mí mismo,
todo me echa hacia afuera,
me despide de mí
sin aquel vaso limpio que traía tu mano
[...]

Toda la poesía de Francisco Giner de los Ríos podría estar presidida por las conocidas palabras de Antonio Machado en 1917: «[...] una honda palpitación del espíritu; lo que pone el alma, si es que algo pone, o lo que dice, si es que algo dice, con voz propia, en respuesta animada al contacto del mundo [...] mirando hacia dentro, vislumbrar las ideas cordiales, los universales del sentimiento». Con estos poemas de *Desayuno en Riverside* de su autor no ha hecho más que proseguir un ininterumpido diálogo de años, de casi toda su vida de poeta, con los muertos que le dieron más vida, que la enriquecieron e iluminaron, y a los que él devuelve la intemporalidad de la poesía. El precitado *Elegías y poemas españoles*, editado hace más de veinticinco años, mostraba estos «diálogos» de Francisco Giner, porque, como afirmó Luis Rosales en *La casa encendida*, «La muerte no interrumpe nada»: por esa honda certeza del corazón humano, el poeta de *Elegías...* titulaba la de Enrique Díez-Canedo «Estás aquí»: «[...] Estás aquí, como otras noches buenas. ¡Hasta mañana, siempre, don Enrique!». O en el extenso, emocionante y estremecido «Llanto con Emilio Prados», última de las cinco elegías del mismo poemario, rebosante de generosidad, de fidelidad a la amistad, de gratitud al magisterio; poema henchido de topónimos, de nombres propios, entre España y México, de la luz a la noche, entre la alegría y la tristeza, todo lo recibido y compartido ahora revivido, redivivo, en el autodiálogo del poema, ya que —citando de nuevo a Rosales— «Lo que no se recuerda se acaba» (verso del libro *Diario de una resurrección*, 1979) y «Lo que no se recuerda, lo que no vuelve del corazón a los sentidos, no se vive, se siente. Del sentir al vivir media el recuerdo» (*El contenido del corazón/Elegía*, 1969). En su «Llanto con Emilio Prados» (subrayemos esa preposición,

tan reveladora de la actitud de Giner) todo el ayer sigue presente, ausente sólo la carcoma del olvido:

[...]
 nadie puede vencer esa luz que tuvimos,
 esa luz que tenemos,
 porque aquí está y estamos como ayer,
 tan lejos de nuestras casas españolas,
 [...]
 siempre amigo y constante,
 siempre Emilio presente en mis ausencias.

(«Frente a la muerte, plena vida siempre» proclamó en «Quiero contar la vida que he tenido», poema de «Notas para una autobiografía», también en *Elegías...*)

Vitoriana de 1905, Ernestina de Champourcin es el indiscutible nombre femenino —aunque no el único— de la generación poética de 1927, más allá del canónico y canonizado grupo de ocho o diez varones. Muy justamente el Centro Cultural de la Generación del 27 dedicó a Champourcin el octavo número de su bellísima y muy cuidada colección «La Ola Gratinada», y quien esto escribe tuvo la satisfacción de preparar dicho opúsculo (introducción, selección y biobibliografía), que recordamos aquí por tratarse de una edición no venal (Málaga, 1991). La vitalidad creadora de la poetisa hizo que unos meses después, y de nuevo en Málaga, «España peregrina» publicase —número 3 de la colección, 1991— una entrega reciente e inédita, *Los encuentros frustrados*. Si ya en 1988 la escritora había mostrado su capacidad de renovación lírica, la hondura y «juventud» de su escritura poética, cuando contaba más de ochenta años, con el libro *Huyeron todas las islas*, que aborda —a partir del símbolo hombre-isla— el siempre acuciante debate entre la huida y la entrega, la soledad o la solidaridad. Complejo y muy sugerente poemario enriquecido por símbolos y una abundante imaginería expresiva, se ve continuado, ampliado, con estos diez poemas que conforman *Los encuentros frustrados*. A la huida del título anterior sucede la *frustración*, que si no corresponden estrictamente a un mismo campo semántico, sí a un territorio existencial marcado por el alejamiento, el abandono, el cansancio y el vacío. Un deshacimiento de todo:

Y se va marchitando la caja de las rosas,
 no tiene quien las saque y las lleve al camino.
 Un airón de perfume se nos quiebra en las manos
 mientras algo se mueve y nace al mismo tiempo.

Se nos frustró la cita con aquella fragancia
 de tan pura, invisible, ese ramo de brisa
 que apenas huele a nada
 y que agavilla en sí todo el amor del mundo.

Son los alejandrinos iniciales —con un heptasilabo incrustado— del primero de estos «encuentros frustrados». En los poemas siguientes persiste el símbolo de la rosa («fantasmas de rosas», «las rosas de aquel tiempo», ...), el más reiterado, pero no el único, aunque con predominio floral: «Los jazmines que nunca/ llegaron a sus manos» (poema III); «y no es necesario que se trate de rosas,/ todo es flor si se quiere/ y se sabe cogerlo» (poema V). Pero la poetisa tuerce el cuello al venerable e ilustre símbolo barroco del desengaño, de la fugacidad, y sobre lo percedero se adelantan la fe y la esperanza en lo perdurable. La *tierra*, el *humo*, el *polvo*, la *sombra* y la *nada* dan paso en la poesía de Champourcin a la luz que no se extingue, al anhelo de eternidad. Y la realidad toda —la más humilde, la menos hermosa— puede alcanzar la más alta perfección, como expresan los dos versos precitados «todo es flor si se quiere/ y se sabe cogerlo». Pero ya en el primer poema, el último verso transcrito más arriba («y que agavilla en sí todo el amor del mundo») abría la experiencia existencial, más allá de «la caja de las rosas» marchitándose, de «la cita» frustrada, al encuentro con la plenitud y la afirmación de la perdurabilidad:

Hay cosas que no son, pero que siguen siendo
 gozo, nostalgia, fronda que nunca hemos plantado,
 hermosura secreta que sólo fue un latido.

Posición, creencia, que prosiguen en los poemas restantes: «La verdad es que nada/ puede acabarse nunca/ y a veces lo olvidamos/ a fuerza de ansiedades» (poema III); «[...] lo bello que persiste y es y será siempre?», «lo que queda es un zumo/ de perfección extraña,/ lo que vale y sonríe porque ya es eterno» (poema V); «Lo que fue o no fue/ y juega con nosotros/ es de tantas maneras/ tan ágil y voluble,/ tan real, tan eterno/ que no puede frustrarse» (poema VII).

Desde la cima de su larga vida Champourcin se aferra a sus recuerdos y sueños, y los fija —lo *ágil* es *real*; lo *voluble*, eterno— en su palabra poética, al margen de que fueran o no fueran reales, porque la única realidad posible al contemplar una dilatada existencia es la ínti-

ma y subjetiva, la forjada por el poeta —el hombre, la mujer— para salvarla y salvarse de la ceniza, de la lava del tiempo: «Y si todo fue así, como yo lo recuerdo.../ manojos de belleza que surge y que deslumbra», comienza el poema IX, que termina fundiendo pasado nunca abolido, salvado, eternizado, en una mañana inmarcesible. Con dos alejandrinos finales que alzan, como un himno jubiloso, su esperanzado cántico:

Aquello fue, será, y sin borrarse nunca
existe como fruto de insólita dulzura.

Y ese existir nos cuaja de inmortales presencias.
Si nos quitaron algo fue por un don más puro.

Fiel la poetisa a su arraigo en la trascendencia, iniciado con la publicación, en 1952, de su libro *Presencia a oscuras*, al que siguieron *El nombre que me diste* (1960), *Cárcel de los sentidos* (1964), *Hai-Kais espirituales* (1967), *Cartas cerradas* (1968) y *Poemas del ser y del estar* (1972). Todos ellos inencontrables, los publicados en México y los dos editados en España —el primero y el último—, como también los cuatro publicados en Madrid antes del éxodo, entre 1926 y 1936. Todos felizmente recuperados, reunidos —más los cuatro posteriores a 1972, incluido *Los encuentros frustrados*— en el volumen *Poesía a través del tiempo* (Barcelona, Anthropos, 1991), que rescata, además, «Poesías sueltas» aparecidas entre 1925 y 1940, y 1975 y 1991, en diversas publicaciones. El amplio volumen, de casi quinientas páginas, se inicia con un extenso prólogo —auténtico estudio— del profesor José Ángel Ascunce, autor asimismo de la bibliografía que sigue, bastante completa, de y sobre Ernestina de Champourcin. Con sólo cinco meses de diferencia coincidían sus *Poesías* prácticamente completas (con la excepción de algunos poemas aparecidos en revistas), que representan sesenta y cinco años de creación, y la última entrega poética escrita —vital, hermosamente— por una mujer de ochenta y cinco años, que vence con su palabra a las sombras y al vacío, que conoce muy bien, como expresa en el más desolado de estos diez poemas, el VIII, que termina: «Hay tardes con un sol/ que nos florece el frío».

Como Champourcin, Manuel Andújar (La Carolina, Jaén, 1913) es un español de la diáspora que regresó a su tierra, en la que vive y trabaja, ha escrito y publicado en los últimos años: narraciones, sobre todo, novelas lar-

gas y cortas, relatos breves, que configuran un sólido y vasto edificio narrativo. Pero Manuel Andújar se adentró también en el intrincado territorio de la poesía, y en los dos últimos años ha ofrecido sus muestras más recientes: seis pequeños poemas constituyen *Inicial abanico de damas*, número 29 de la recordada, en nuestras líneas iniciales, «Plaza de la Marina»; impreso el cuaderno en junio de 1990, quince meses después (septiembre de 1991) la capital malagueña acogía de nuevo diez poemas de Andújar, agrupados bajo el epígrafe *Decálogo particular, inconcluso*, cuarto y penúltimo título de «España peregrina». Reencontramos, por tanto, al poeta que a sus sesenta y cuatro y sesenta y seis años, respectivamente, publicaba sus primeros poemarios: *La propia imagen* (Barcelona, Ámbito Literario, 1977) y *Fechas de un retorno* (Barcelona, Ámbito Literario, 1979). El primero era una selección de tres diferentes trabajos poéticos: el que daba título al libro, «Campana y cadena» y «Fechas de un retorno», en una muy bien trabada ordenación y progresión del discurso poético. La tercera parte anticipaba la publicación del texto completo dos años después.

Desde el poema titulado «La propia imagen», Manuel Andújar inicia la búsqueda implacable y acuciante del propio ser, de sus orígenes y hallazgos primeros, de todas sus huellas, marcas, signos; pero también es «La propia imagen» indagación que supera al destino personal, inquisición de la condición humana a la que pertenece, en la que gozosa y dolorosamente está instalado. Sin escapatoria. Con *Fechas de un retorno* trascendía la experiencia del exilio y de la vuelta a España, depuraba su palabra poética: sobria, pero llena de connotaciones; desnuda, como su verso corto, e intensamente sugerente. Conceptual e imaginativa. Con el rigor intelectual y el temblor lírico presentes en sus narraciones: fusión de pensamiento e imagen, reflexión y metáfora. La continuidad del narrador al poeta la destacó y estudió Jorge Rodríguez en un valioso artículo, «La poesía de Manuel Andújar» (*Insula*, 402, mayo 1980): «[...] La poesía, pues, aparece en la obra de Manuel Andújar cuando el escritor se arriesga a emprender una búsqueda introspectiva que no derive en historia, sino que sea palabra pura y original. No se genera en la exaltación emotiva, sino en la meditación enriquecida por la memoria y el tiempo». Ya al final del artículo insistía su autor en esa condición pri-